



PADRE JOSE CORRADO

«La fe en Cristo resucitado sostiene nuestra esperanza y mantiene viva la comunión con los hermanos que descansan en la paz de Cristo. Ellos consumieron la vida en la Congregación y su recuerdo nos estimula a proseguir nuestra misión con fidelidad».

Constituciones Salesianas, art. 94



El P. José Corrado durante los alegres años de su labor pastoral en los colegios.

Queridos Hermanos:

Una vez más se ha hecho actual y saludable para todos, la advertencia del Señor: "Estad preparados, porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del Hombre" (Mt. 24, 44).

El domingo 9 de febrero de 1986, a las 7:30 a. m., fallecía el P. José Corrado, a la edad de 73 años, víctima de un infarto cardíaco. Contaba 57 años de ser salesiano y 48 de sacerdocio.

La noticia de su muerte reunió en la tarde del 10 de febrero a centenares de fieles, ante el altar y ante sus restos mortales, para orar y llorar la pérdida de un amigo y de un santo sacerdote.

Al día siguiente por la tarde, tuvo lugar la solemne misa exequial en el templo de María Auxiliadora, presidida por el Sr. Nuncio

en una camilla cabe el umbral del quirófano. El cuadro era impresionante: Lienzos empapados en sangre, el pie derecho colgando de un tendón... Y el paciente, como si la cosa no tuviera importancia, bromeaba sobre lo ocurrido, repitiendo de vez en cuando otra de sus habituales exclamaciones: “¡Mamma mia!, vamos a ver...”

Sale sobrando subrayar mi asombro ante el temple de acero del inolvidable P. José, quien, con sus humoradas, intentaba encubrir su dolorosa situación.

Durante los días subsiguientes a la laboriosa operación, no perdió su habitual optimismo. Recibía alegremente a los varios visitantes, hablando incansablemente sobre diversos temas, entre ellos el proyecto de un nuevo reglamento de tránsito que pensaba escribir... Debido al traumatismo del choque, su euritmia resultó afectada durante algunos días, pero afortunadamente, al poco tiempo, todo volvió a la normalidad”.

LA RAZON DE SU VIDA

La razón más grande de su vivir fue “SER SACERDOTE”. Había nacido para eso, para dar testimonio del Dios bueno y misericordioso, para ser servidor de Dios ante los hombres.

“Si yo naciera otra vez, me haría sacerdote salesiano”, decía, repitiendo la afirmación de Juan Cagliero.

Fiel a Don Bosco y al lema salesiano: “SEÑOR, DAME ALMAS”, el P. José Corrado, recordando que “la frecuente confesión y comunión son las columnas de toda educación cristiana”, fue durante todos estos años el apóstol de la Confesión y de la Eucaristía.

A pesar de su condición física, pasaba varias horas al día en el confesonario, en una posición incómoda y dolorosa. Así mismo se le veía, cojeando y arrastrándose con su bastón, dedicado en preparar a los niños para la Primera Comunión; ayudando a los que debían arreglar su matrimonio; visitando a los enfermos para consolarlos, confesarlos y llevarles la santa Comunión.

al deporte colegial y nacional, entusiasmo que conservó durante toda su vida.

LO INESPERADO

Pero, en 1962, siendo director del Seminario Mayor Salesiano que funcionaba, entonces, en el Instituto Don Rúa, sufrió un grave accidente, siendo atropellado por un carro, mientras, manejando su acostumbrada Vespa, atravesaba equivocadamente una calle de San Salvador.

Fue un trágico accidente que interrumpió, bruscamente, sus 30 años de valiosa labor educativa en los colegios salesianos de El Salvador. Fue sin duda el fin de un período hermoso de su vida, durante el cual, había dado lo mejor de su vida a la juventud salvadoreña, pero, al mismo tiempo, ese accidente marcó un nuevo período, no menos heroico, pues empezó para él un duro y largo calvario de 23 años de dolorosos sufrimientos, con varios huesos rotos y sometiéndose a unas 16 operaciones quirúrgicas, durante las cuales fue un ejemplo de valor y hombría, para médicos y enfermeras.

La enfermedad y el dolor, santificados y sublimados por Cristo en su Pasión y Muerte, fueron plenamente asumidos y vividos con alegría en su vida sacerdotal, sintiéndose así, con el dolor, más sacerdote y más unido a Cristo Sacerdote y Víctima. Su esfuerzo por integrarse de alguna manera al ministerio sacerdotal, con alegría y optimismo, a pesar de estar impedido y enfermo, era motivo de consuelo para otros enfermos y ancianos.

Fueron 23 años de calvario, pero, al mismo tiempo, 23 años de amor, de valentía y heroicidad extraordinarias, que él fue adquiriendo en la fuente infinita de amor y de fortaleza que es Cristo.

ASOMBROSA FORTALEZA

A propósito de su ejemplar comportamiento, tras el fatal accidente, el P. José A. Rivera anota lo siguiente:

“No bien me enteré de la desgracia ocurrida, me trasladé a la Policlínica Salvadoreña para presentarle mis condolencias. Yacía

Apostólico Mons. Francisco De Nittis, acompañado de Mons. Gregorio Rosa Chávez, Obispo Auxiliar de San Salvador, y Mons. Pedro Arnoldo Aparicio, Obispo emérito de San Vicente. Los sacerdotes concelebrantes sumaban alrededor de treinta.

Finalizadas las honras fúnebres, se efectuó el sepelio en la cripta mortuoria del mismo templo.

CURRICULUM VITAE

Había nacido en Turín el 9 de junio de 1913, siendo sus cristianos padres: Angelo Corrado y Luigia Crivellaro.

Terminados sus estudios humanísticos y laureado en filosofía (Universidad Gregoriana de Roma) — respondiendo con generosidad a la vocación misionera — dejó su patria y su familia, para dirigirse a El Salvador, donde permaneció durante 54 años. El 30 de octubre de 1938 fue ordenado de sacerdote en San Salvador por Mons. Antonio Dueñas y Argumedo, primer Obispo de San Miguel.

Fue profesor en diversos colegios y, más tarde, director del Colegio San José de Santa Ana, del Santa Cecilia en Santa Tecla y del Don Bosco en San Salvador.

DESPERTANDO SIMPATIAS

Durante su gestión directorial en los susodichos colegios, supo captarse la simpatía y la gratitud eterna de todos sus alumnos, por su entrega generosa a ellos, su alegría, su optimismo y por su gran comprensión con los que tenían dificultades y aun con los de difícil conducta, a quienes llamaba cariñosamente “barrabásimos . . .”

Tanto en el colegio como en la calle, saludaba a todos sus alumnos, con su típico: “CHAO, CARISIMO”, acompañando el saludo convencional con aquel cariñoso acento que llegaba al corazón de los jóvenes, quienes, a su vez, correspondían con la misma simpatía, contestando: “ADIOS PADRE CHAO”. Un factor muy importante para simpatizar con los jóvenes, fue también su afición

Así se explica la presencia y la conmoción cariñosa de tantos miles de fieles, desfilando y llorando ante los restos mortales de aquel verdadero amigo y sacerdote.

"ESTOY EN EL CIELO"

Hoy podemos decir que su calvario de 23 años ha terminado. La muerte ha recogido a este "siervo bueno y fiel" (Mt. 25, 21), para llevarlo a celebrar con la Virgen Auxiliadora y Don Bosco la PASCUA ETERNA DE CRISTO RESUCITADO.

Tal vez como presentimiento de su muerte inminente, en estos días recordaba con nostalgia un canto italiano aprendido en su juventud, dedicado a la Virgen María, que decía así:

"Iré a verla un día en el cielo, patria mía!
En el cielo, patria mía, iré a verla un día!"

Muchos saben que el P. Corrado acostumbraba colocar un papelito en la puerta de su cuarto, para indicar en dónde podían encontrarlo. La mañana de su muerte, unos jóvenes colocaron en la susodicha puerta, un papelito que decía: "ESTOY EN EL CIELO!", como si fuera el último aviso del P. Corrado.

Desde el Cielo el P. José nos dice que para él valió la pena vivir y ser sacerdote; valió la pena sufrir y entregarse a los demás.

Que el recuerdo de su generosidad, despierte también en el corazón de muchos jóvenes el deseo generoso de entregarse a Cristo como sacerdotes y nos ayude a rogar a Dios que siga suscitando en la Iglesia sacerdotes, según su corazón.

Suplicando, así mismo, una plegaria por el eterno descanso de nuestro querido hermano difunto y por esta Inspectoría, que, en menos de un año, ha perdido dos valiosos elementos, afectuosamente en Don Bosco:

Pbro. José C. Di Pietro
Provincial de los Salesianos en C.A.

San Salvador, El Salvador, 24 de febrero de 1986.

DATOS DE NECROLOGIO:

Sac. José Corrado, nacido en Turín el 9 de junio de 1913, murió en San Salvador (El Salvador) el 9 de febrero de 1986 a los 73 años de edad, 57 de profesión y 48 de sacerdocio.